

PARTE TERCERA

ADOLESCENCIA

El amor es un manantial que, nacido en un lecho de flores, llega á ser río, cambiando de aspecto y de naturaleza, y se pierde luego en un océano incommensurable, donde los espíritus débiles ven monotonía y se abisman las almas grandes en perpetuas contemplaciones.

¡Cómo atreverse á describir esas tintas transitorias del sentimiento, esas nada que significan tanto, esas palabras cuyo acento agota los tesoros del lenguaje, esas miradas más fecundas que los poemas más ricos! En cada una de esas escenas místicas en que nos vamos enamorando de una mujer, hay un abismo que se traga todas las poesías humanas.

HONORATO DE BALZAC.

I

LA SANTURRONA

Toda la segunda parte de esta historia tuvo lugar en una noche y algunas horas de una madrugada de invierno; mas antes de empezar la tercera, hay que dejar pasar algunos años; éste es uno de los pocos privilegios del novelista, que puede adelantar y atrasar la acción, según su gusto ó según le conviene para sus fines particulares.

El fin que yo llevo ahora, lector mío, es el de no aburrirte contándote de nuevo lo que ya te tengo dicho; es decir, la vida superficial de Gertrudis, el aislamiento y la tristeza de Mundeta, cuya madre había muerto de una enfermedad muy corta, y el abandono en que se deslizaba la existencia de María, cuya única compañía era su aya; pues Elvira, si bien la amaba con una ternura que manifestaba su buen corazón, estaba tan viciada por la lisonja y tan estragada por la vida que había hecho desde su infancia con su madre, que no había lugar en su alma para ninguno de los suaves sentimientos de la familia.

Sin embargo, en la época en que se abre de nuevo la acción de esta historia, ya no había fiestas, ni banquetes, ni saraos en casa de la señora de Miranda. Ésta, que durante once años había estado cogiendo un constipado cada noche por su manía de ir escotada cuando eran más fuertes las heladas y los temporales, estaba vieja y cascada á los cuarenta años, como si hubiera tenido sesenta. Además, desde que vió que las primeras arrugas surcaban su frente, que sus ojos se apagaban y que sus labios de carmín palidecían, se puso tan triste, que se le pasaban los días enteros llorando encerrada en su cuarto.

Para aquella mujer no había recursos: no sabía bordar, ni le agradaba leer; había olvidado tocar el piano y dibujar, dos habilidades en que sobresalía de soltera; y hallándose sin saber qué hacer,

se hizo lo que todas las mujeres de talento escaso: santurrona; es decir, que se levantaba á las ocho y se iba á la iglesia más cercana, donde oía cinco ó seis misas de rodillas; luego se iba adonde se hallaba expuesto el Santísimo, y allí rezaba otras dos ó tres horas en voz alta y entre bostezos y suspiros, porque las santurronas no rezan jamás en silencio; quieren que todos los que hay en derredor suyo sepan que rezan mucho, y lo que rezan; piensan que por ir á misa en ayunas ganan más con Dios, y lo que consiguen es fastidiar con sus bostezos y su histérico á cuantos hay á su lado; llevan un gran rosario y dos ó tres libros de oraciones; se dan fuertes golpes de pecho, besan el suelo de cuando en cuando y se confiesan cada quince días, poniendo á prueba la paciencia del ministro de Dios á quien acuden semejantes penitentes.

Además, van siempre vestidas de estameña negra con hábito de los Dolores, que lleva á un lado una gran correa; el resto de su atavío lo componen un pañolón negro de lana y una mantilla de beata.

Tal es la santurrona, y tal era Gertrudis á la edad en que una mujer tierna y ejemplar; en que una mujer espiritual, amante y cariñosa; en que una esposa irreprochable y casta es aún bella, simpática y amada. Gertrudis nada de esto era ya; el sórdido descuido de su persona había alterado su hermosa y elegante figura. Ya no era delgada,

sino seca; ya no era mimosa, sino displicente y regañona; ya no era espléndida, sino mezquina; ya no era nerviosa, sino iracunda. En vez de la brillante iluminación que lucía en sus salones, rezaba ahora á la luz de una mísera vela, hasta las nueve, hora en que se iba á la cama; en vez del rico servicio de plata, porcelana de Sèvres, y cristal de Venecia de que habían disfrutado tantos parásitos en su casa, ahora la servían una sopa y un huevo en platos de loza blanca, de los que usaban sus criados, quienes se reían de sus ridiculeces y malgastaban lo que ella se privaba de gastar.

Y, no obstante, sólo seis años habían transcurrido desde la noche en que la vimos radiante de joyas y de belleza en el espléndido baile que daba en su casa, desde la noche en que la apasionada, amante y virtuosa Luisa pasó á una vida mejor.

¿Había llorado Gertrudis por la pérdida de su compañera de infancia, de su amiga, de la hermana de su esposo?

¡No! Las santurronas no lloran jamás por los afectos de la tierra; lloran, sí, cuando piensan en que tal vez irán al infierno, lugar que, á mi entender, tienen muy seguro.

Sus dos hijas eran dos prodigios de belleza; pero la una le había llegado á ser completamente indiferente, y la otra poco menos.

Sin embargo, toda la poca indulgencia que se aposentaba en su alma era para Elvira, su favori-

ta, su ídolo en otro tiempo. Y en verdad que al ver á la niña, ó más bien á la joven—pues ya tenía quince años—se disculpaba la idolatría de la madre.

Mirando á Elvira á larga distancia se la creía de diez y ocho años, por la gallardía de su estatura y lo perfecto de sus formas, un poco redondeadas; pero de cerca, y después de un examen algo detenido, se conocía que entraba en ese dichoso período de la primera juventud, en que la flor de la adolescencia despliega toda su gracia y lozanía.

Todo era en ella fresco, gentil, encantador; sus grandes y aterciopelados ojos sonreían, aunque su boca estuviera seria; su frente era el espejo de la serenidad y la hermosura; sus cabellos caían en elásticos y lustrosos rizos negros, en derredor de su garganta; era blanca y rosada, con los labios de grana, las cejas y las pestañas de ébano; delgada, y al mismo tiempo parecía hecha á torno; alta sin demasía, y participaba de toda la gracia de las mujeres pequeñas, por lo armónico, suelto y suave de sus movimientos.

Elvira era, en una palabra, una joven bellísima, fresca y risueña, pero que había caído en la tristeza de hacerse lo que durante sus buenos tiempos había querido parecer su madre: nerviosa y sentimental, sujeta á desmayos, á convulsiones y á otras mil necedades insoportables para la vida íntima.

Elvira había verificado la predicción de aquella buena montañesa que servía de niñera á las dos hermanas al principio de esta historia, y que, según el lector recordará, se llamaba Pepa. «Ha de dar esta niña más guerra que Napoleón», había dicho á su compañera y antagonista Juana, la camarera de Gertrudis, y, en efecto, Elvira hacía víctimas de sus caprichos y exigencias á todos los de la casa, empezando por su madre.

Pepa seguía al servicio de las dos hermanas. Era una mujer de treinta y tres años, gruesa, fornida y colorada, que reía mucho, comía más, y siempre estaba disputando con Juana, que á su vez era siempre la camarera y confidente de Gertrudis, la enemiga de María y la apasionada defensora de Elvira, siguiendo por esta causa en permanente disensión con Pepa.

Juana, para no perder la confianza y el cariño de su señora, á la que realmente amaba á su vez, se había hecho santurróna como ella; vestía de lana, calzaba zapatos gruesos y ordinarios, y estaba casi todo el día con el rosario en la mano, empleando las horas en que no rezaba en idear los medios de robar á la supersticiosa Gertrudis, que era cada día más débil y más apocada para ella.

La señora de Miranda no había reducido los gastos de su casa, á pesar de haber cambiado de método de vida. Ninguna mujer de talento claro es santurróna; y la que incurre en esa deplorable debilidad, la que se deja dominar por el fanatismo,

todavía se vuelve más débil, más obtusa de lo que antes lo ha sido.

Andrés enviaba á su esposa crecidas sumas de América; su talento, su actividad, que se había duplicado para hacer callar á su corazón, le habían abierto de par en par las puertas de la fortuna en aquel rico, virgen y entusiasta país; pero había muchos días que en casa de Gertrudis no se encontraba un cuarto, ni aun para los gastos más precisos.

No era extraño. Gertrudis, para que le quedase más tiempo que dedicar á la oración, á recorrer las iglesias y á meditar en la muerte y en las penas del infierno, había aumentado su ya demasiado crecida servidumbre con un ama de gobierno y un mayordomo, de cuya probidad no había tomado los informes que debía; y éstos, que eran dos viejos marrulleros, y por supuesto también santurrónes, hacían su negocio á las mil maravillas.

La casa entera estaba gobernada por los dos viejos, que se habían hecho muy amigos. La misma Gertrudis comía poco y mal, porque doña Dámasa, el ama de gobierno, la había persuadido de que ganaba más para con Dios yéndose á la iglesia en ayunas, comiendo unas legumbres con poquísimos aceite y cenando unas sopas y un huevo.

Los criados se mudaban cada ocho días, porque ninguno podía sufrir la ruin tiranía de la bea-

ta, que llegaba hasta negarles lo más necesario. Y sólo Pepa y Juana, que aunque en todo lo demás discutían, habían hecho causa común contra los viejos, les ponían en un brete á cada instante, como vulgarmente se dice, amenazándoles con contar á la señora todos sus robos y picardías si no tenían buena mesa las señoritas y el aya, á quien las dos querían por su dulzura y bondad.

Mundeta era siempre el ángel de la casa; era el ideal de la mujer casta, pura, mártir, suave, cristiana y dulce. A los veintiocho años su admirable belleza conservaba todo su encanto, si bien había cambiado de carácter. Once años de penas, porque su amor por Andrés se conservaba vivo en el fondo de su alma, once años de martirio, habían impreso á su hermosura un sello sublime: estaba delgada, ó más bien casi diáfana; era un alma y no un cuerpo; era un perfume encerrado en un vaso de alabastro.

La casa de Miranda, aparte de la honrada fidelidad de Pepa y de las vulgares infamias de los demás criados, encerraba una santurróna, una santa, un ángel y una hermosísima joven.

II

DOS GRAJOS EN UN NIDO DE TÓRTOLAS

Eran las diez de una bella mañana de primavera, cuando Pepa y Juana se hallaban arreglando los aposentos del aya y de María y Elvira.

Eran los mismos de que tomaron posesión once años antes, el día en que Andrés Miranda salió para América.

La habitación constaba de dos salitas cuadradas bastante grandes, y cada una con su alcoba; en la primera dormía Mundeta, que en tanto que las niñas habían sido pequeñas, había dormido con ellas en la segunda.

Ya hemos visto algo de ella la noche en que Mundeta oyó las tristes y apasionadas declaraciones de Alberto; grandes colgaduras de seda y lana, iguales al mueblaje, caían delante de las puertas y balcones; estas tapicerías se sustituían en el verano con cortinajes de muselina blanca, de una graciosa sencillez.

El velador seguía en el mismo sitio; á un lado se veía la mesa de tocador del aya, con tan escasos objetos sobre ella, que se dejaba conocer la poca importancia que concedía á su adorno; un elegante lavabo y un pequeño buró ocupaban los huecos intermedios entre los sillones.

En la alcoba había un lecho de caoba, de forma

elegante, cubierto por cortinas de una tela igual á la de la sillería; un ropero de la misma madera que el lecho, y un reclinatorio coronado por un crucifijo, y sobre el cual había algunos libros de oraciones, acababan de llenar el dormitorio.

Había en aquella habitación cierto perfume suave, fresco, agradable, lleno de inocencia y castidad, como el que se respira en la celda virginal de una joven religiosa.

Aseando esta primorosa habitación se hallaba Pepa. Juana mullía el lecho de su querida señorita Elvira en la de más adentro; pero á favor de la puerta abierta, las dos hablaban y se oían sin alzar mucho la voz.

La habitación de las jóvenes era más suntuosa que la del aya: la sillería, de madera de limonero, estaba forrada de damasco azul celeste; de la misma rica tela eran las colgaduras; dos mesas de tocador del todo iguales, con cortinas de gasa y transparentes y lazos de seda azul, ocupaban los dos lados del balcón; en la alcoba, dos pequeños y elegantísimos lechos de bronce, cerrados con cortinas de damasco azul y sábanas guarnecidas de encaje, ofrecían descanso por las noches á las dos jóvenes.

Eran aquellas dos salitas un precioso y perfumado nido de tórtolas.

—Juana—dijo Pepa,—¿has acabado? Yo ya tengo esto como un espejo; reluce todo, como me dice la señorita Mundeta.

—¡No me admiro de que estés gorda!—repuso la áspera voz de Juana.—¡Pues no hace papelón de esas cosas!

—Pues, hija, yo tampoco me admiro de que estés flaca—dijo Pepa.—¡Nada te gusta, nada te alegra! Vaya, si no has acabado, voy á entrar y me dirás algo de la boda de la señorita Elvira.

Pepa, sin soltar el enorme plumero con que había estado sacudiendo el polvo de la habitación de Mundeta, entró en el cuarto de las jóvenes.

—Conque, vamos, ¿qué se sabe de ese novio?—preguntó á Juana.

—¿Qué se ha de saber?—respondió ésta,—todo lo que hace falta; que es joven, guapo y rico.

—Pues, hija, todo lo tiene bueno menos el nombre.

—¿Por qué?

—¡Mira tú que llamarse Sebastián! ¡Es nombre de cochero ó sastre!

—¡Qué tontería! A la señorita Elvira no se le da un ardite de que se llame así. ¿Qué más da? Ayer oí que le decía al aya: «Si se parece al retrato, estoy contenta.»

—¡Qué! ¿Hay un retrato?—preguntó Pepa admirada.

—Sí; aguarda, voy á ver si está aquí.

—Juana abrió el cajón de la mesa de tocador de Elvira, y tomó de él un estuche de terciopelo verde, que abrió ante los ojos de su compañera,

con esa osadía de los criados que han envejecido en el servicio de una familia.

Una preciosa miniatura apareció dentro, rodeada de gruesos brillantes.

Era el retrato de un joven, que no podía pasar de los veinte años, y que estaba dotado de una belleza suave y tranquila. Sus cabellos, castaños claros, se rizaban en su frente; sus ojos garzos tenían una mirada triste, dulce é inteligente; en toda su persona había algo de esa gracia muelle, mimosa, característica de los americanos. La indolencia de su temperamento, unida á la de una gran fortuna, parecía haberse aposentado en él. Un fino bigote rubio sombreaba su hermosa boca, de labios frescos y rosados, que se abría con una media sonrisa, dejando ver unos dientes como perlas.

—¡Es un muchacho como un sol—dijo Pepa,— y hará una pareja con la señorita, que la gente se ha de volver en la calle á verlos pasar!

—Eso no podrá ser—respondió Juana.

—¿Cómo que no?

—Como que jamás saldrán á pie. ¡Si el señorito Sebastián trae cuatro millones! Es hijo de uno de los más ricos comerciantes de la Habana. Vió el retrato de la señorita casi al mismo tiempo que se le murió su padre dejándoselo todo, y como ya no tenía madre tampoco, viene á casarse con ella y á vivir aquí.

—Pues ella no es tan rica.

—Ha escrito el señor desde allá que la dota en cincuenta mil duros, y en otro tanto á la otra.

—¿A mi señorita? ¿A mi señorita María?—exclamó Pepa llena de alegría.

—Sí, á tu dichosa señorita—respondió Juana de mal humor, y volviendo á guardar el estuche del retrato, que hasta aquel momento había estado mirando.—¡Qué lástima de dinero para ella!

—¿Lástima? ¿Y por qué?

—Porque su hermana lo sabrá lucir, pero ella no. ¡Más sosa que la calabaza y más metida en sus labores y en sus libros! ¡Hasta calceta hace! ¡Su hermana sí que llevará rumbo por Madrid y sabrá hacer la gran señora!

—Cada una vivirá á su gusto. Pero ¿sabes lo que digo? Que la señorita Elvira y el señorito Sebastián son dos criaturas; él tiene muy pocos años, según se ve.

—Veintiuno.

—Y ella quince. Lo que yo digo, dos niños; y con el poco juicio que ella tiene, no sé yo lo que pasará.

—¡Bah! ¡Habiendo mucho dinero, todo va bueno! Si no hubiera, regañarían; pero siendo ricos, no.

—¿Pero á qué asunto es casarla tan pronto? ¿La habían de faltar maridos?

—Como ese no hay muchos; además, es asunto del señor, quien, según me ha dicho días pasados el cochero, ha resuelto venir á la boda.

—¡Ay, Dios, cuánto me alegro!—exclamó Pepa; —¡y qué vuelta dará esta casa, y qué bien me irá á mí!

—¡No te va mal ahora—dijo Juana con mal humor;—que no hace ni ocho días que te dió la señorita María mil reales que su papá enviaba para ti!

—De los cuales te di trescientos.

—Sí, ¡te habrás quedado pobre!

—Hija, aún hice de más, que míos eran; pero recordé que yo tengo diez y ocho mil en la Caja de Ahorros...

—¡Ya, ya! ¡Para ti es la suerte!

—Pues, hija, ¿por qué te has echado á mimar á la santurróna de la señora? ¿No conoces que todo se lo gasta en velas, misas y limosnas? ¡Más valía que estuvieras bien con *la mosquita muerta*, como tú la llamas!

Juana no supo qué responder; y sin duda para cortar una conversación que le incomodaba, dijo:

—¿Sabes la historia que corre hoy día?

—¿Cuál?

—Que el señorito Alberto se vuelve de París.

—Ya es hora. ¡Al cabo de seis años!

—¡Toma! ¿Y por qué no ha venido más pronto? ¡Porque quería hacer allí sus locuras! Que su padre ya hace, de los seis, cinco que le está llamando.

—¡Ese sí que debe estar hecho un real mozo!

—Dicen que es un pasmo, chica; que hombre

más hermoso que él no se halla en España, pero ni más calavera ni más derrochador, tampoco.

—¿Qué edad tendrá ahora?

—Debe tener veintitrés años.

—Ya sentará. Además, bien tiene á quién parecerse si es loco; por mucho que lo sea, no ha de llegar á su padre.

—Pues, hija, aseguran que lo es y mucho. Allí dicen que conoció á una condesita huérfana, que vivía con un tío, pues era viuda á los veinte años; la señora parece que es de armas tomar: caza, monta á caballo, tira á la pistola, es un demonio, en fin; americana y prima del señorito Sebastián, que como por allá se casan yendo á la escuela, se casó á los trece años con un viejo, y no paró hasta que le llevó á París, donde consiguió matarle en poco menos de tres años.

—¿Y es guapa?

—Dicen que sí; morena, con ojos negros y mucho cabello. Hará cosa de un mes que llegó á Madrid, y el señorito dicen que viene detrás de ella.

—¿Pero tienen amoríos?

—Ya hace dos años. Él está ciego por ella; pero el señor don Isidoro se niega á que se case su hijo con semejante torbellino.

—¿Y la americana quiere al señorito?

—Mucho.

—Pero ¿quién te dice todo eso?—preguntó cándidamente Pepa.—Yo nada sé, y tú, que se-

gún parece sólo te ocupas en rezar, lo averiguas todo.

—Hija, ¿qué quieres?—respondió Juana.—Mira la señora si es beata, y tiene al dedillo todo lo que pasa en Madrid; las santurronas somos así, la mitad para Dios y la mitad para el diablo.

Las dos criadas recogieron los plumeros y salieron, cerrando tras sí la puerta de aquel casto y doble nido.

III

MUNDETA MIRA AL CIELO

Casi en el mismo instante de salir de la habitación Pepa y Juana, entraron en ella María y Elvira con su aya.

Ésta parecía fatigada y enferma: sus grandes ojos negros estaban cercados de un círculo violado; á cada lado de su pequeña boca, desfigurada por su extremada carencia de carnes, había un pliegue profundo, signo de padecimientos físicos y morales; y sin embargo, su espíritu puro y tranquilo, la elevación de su alma y de su inteligencia se veían escritas en sus facciones, y sobre todo, en la expresión de su rostro y de su mirada.

Las dos jóvenes ofrecían el contraste más completo, pareciéndose sólo en la estatura, que pasaba algo de la regular de la mujer.

Por lo demás, María seguía siendo lo que siem-

pre había sido: rubia, suave, rosada, de blancura y azulados ojos, de talle esbelto y flexible, de manos diminutas y nacaradas y pies de niña.

Gruesos bucles dorados guarnecían su frente, y sus ojos azules nada habían perdido de la adorable serenidad de la infancia.

María tenía diez y siete años, y parecía una virgen rubia de Guido ó de Rubens.

Su hermana era mucho más hermosa, pero mucho menos dulce; á primera vista parecía gemela de María; pero mirándola con alguna detención, se veía al instante á la niña que acababa de hacerse mujer.

Maleada por el excesivo é imprudente amor de su madre, y adulada por todos los falsos amigos que antes habían rodeado á Gertrudis no menos que por sus criados. Elvira, que tenía un alma generosa y tierna, era á la vez orgullosa y dura hasta lo insoportable; la viveza de su imaginación estaba escrita en el fuego de sus hermosos y negros ojos, brillantes como el azabache bruñido y guarnecidos de largas y corvas pestañas, en su boca de coral, pequeña y fina, y en la expresiva movilidad de sus facciones, todas perfectas, acabadas, admirables.

Su tez, sin ser morena, era más trigueña y más rosada que la de su hermana; su frente más pequeña que la de María; su cabellera de un lujo maravilloso. Había en ella más vigor, más salud, más imperio, más viveza, más hermosura, más

vida del cuerpo, en fin, que en su hermana; en María había más talento, más poesía, más bondad, más gracia, más dulzura; en una palabra, más vida del alma.

Las dos llevaban vestidos negros de seda, velos de blonda y guantes oscuros; los devocionarios que tenían en la mano, decían que venían de la iglesia.

Sin entrar en su habitación, Elvira se dejó caer en un sillón de la de Mundeta con ademán colérico y displicente.

—¡Uf! ¡Qué eterna mañana de plegarias!—exclamó con despecho,—qué manía tan insoponible de confesiones! ¡Ya estoy más harta de iglesia!...

—Pero, mujer, ¿qué mal estás allá?—preguntó admirada María.—Lo mismo me da á mí estar en casa cosiendo ó bordando que en la iglesia.

—¡Sí tú eres muy dichosa!—repuso Elvira, desprendiendo la mantilla de sus hermosas trenzas.—Lo mismo te da comer, que no comer; dormir, que no dormir; salir, que estarte en casa. Tú eres la feliz que por nada te alteras, por nada sufres; y además, dicen que eres un ángel del cielo.

—¿Y qué conseguiría con incomodarme? Por otra parte, ¿no es nuestra obligación dar gusto en todo á mamá y hacer cuanto nos manda?

—¡No me hables de mamá—interrumpió Elvira,—pues me tiene contenta!

—Querida mía, no hay en verdad motivo para lo contrario—dijo Mundeta con su voz suave y quebrada;—la señora adora en usted.

—¡Cállate, aya!—respondió Elvira irritada;—¡calla y no digas eso! ¡Creo que se burlan de mí cuando dicen que mamá me quiere tanto! ¿Para qué me quiere? ¡Sólo para mortificarme! ¡Sólo para hacerme ir cada día cuatro horas á la iglesia! ¡Sólo para tenerme por la noche en su cuarto rezando con ella el rosario!

—Vamos—dijo María sonriendo,—que muy pronto vas ya á salir de tutela; pronto va á llegar Sebastián.

—¡No veo el instante en que suceda!

—¿Tantos deseos tiene usted de dejarnos, querida Elvira?—preguntó tiernamente Mundeta.

Elvira quedó algunos momentos pensativa; luego respondió con tristeza:

—¡Ay, no! ¡Cuando pienso que voy á separarme de María, siento un dolor en el corazón! ¡Y cuando reflexiono en que también te voy á dejar á ti, aya mía, ¡oh!, entonces no me quisiera casar!

Algunas lágrimas se deslizaron de los ojos de Elvira, patentizando así que sólo era malo su carácter, pero que su corazón era tierno y sensible.

—¿A qué afligirte ahora?—le dijo María tomándole con dulzura una mano;—pasaremos muchos días juntas. Yo iré á tu casa siempre que mamá me permita salir con nuestra aya.

—No—dijo resueltamente Elvira;—Mundeta se vendrá á vivir conmigo, y tú también.

—¿Y hemos de dejar á mamá sola?

—¿Por qué no? Bastante tiene con sus rezos y con la compañía de esta estantigua de doña Dámasa, que la vuelve cada día más beata.

—Pero, aunque eso sea, ¿cómo la hemos de dejar las dos?

—¡Para lo que le debemos! ¡En tanto éramos pequeñas, iba á todas partes, á todas las diversiones, daba bailes y fiestas, y ahora que hemos crecido, se pasa la vida rezando y nos tiene encerradas!

—¿Se ha de privar de hacer su gusto por nosotras?

—Ciertamente: todas las madres hacen algo por sus hijas; pero ¡bah!, ya estamos mejor: yo me caso así que llegue Sebastián, y papá, que llega con él, te acompañará á ti cuando quieras salir y yo no pueda por estarme con mi marido.

—Pero ¿es cierto que llega papá?

—Es indudable.

Si las dos hermanas hubieran visto en aquel instante el plácido y gracioso rostro de su aya, se hubieran admirado de la súbita palidez que lo había invadido.

Elvira prosiguió:

—Por tanto, tu temor de dejar sola á mamá es ya infundado y te vendrás conmigo, dejando á los dos en santa paz y compañía. ¡Qué! ¿No aceptáis? ¿Calláis las dos? ¿No me queréis ya?

—Yo, por mi parte, no acepto, querida Elvira—dijo el aya con entereza.

—¡Cómo!—exclamó María.—¿Será verdad, aya mía, que deseas quedarte á mi lado?

—Querida María—respondió Mundeta,—hay un secreto en mi vida que no puedo confiar á nadie... Pero si no me voy al lado de Elvira, me quedaré por pocos días al de usted, pues ya hace tiempo que tengo tomada otra resolución.

—¿Qué resolución?—preguntaron las dos hermanas, cogiendo cada una de ellas una de las manos del aya.

—Pienso retirarme á un convento.

—¡A un convento!

Esta exclamación se escapó á un tiempo de los labios de las dos jóvenes.

—Sí—respondió Mundeta;—desde niña hubo en mí esa vocación, hasta que un sentimiento fatal vino á disiparla hace ya muchos años..., en mi primera juventud... Hace poco tiempo ha vuelto á renacer en mí, y conozco y siento que nada más que Dios puede llenar mi corazón.

—¡Oh! Pues entonces mi mamá te ayudará en tu propósito, aya mía—dijo Elvira.

—Así lo espero—contestó Mundeta,—y esta misma noche deseo hablarle sobre el particular.

María nada dijo; la pena la tenía muda y absor-ta. Su hermana iba á casarse, y miraba con mucha más serenidad la pérdida del aya, porque de todos modos iba á separarse de su lado; pero ella

perdía en Mundeta una amable compañera, una amiga querida y una tierna protectora.

Lágrimas amargas y silenciosas corrían por sus mejillas, y no hallaba palabras para expresar su dolor.

Mundeta comprendió lo que la pobre niña padecía; leyó en su corazón, y se acercó á ella.

—¡Valor, hija mía, valor!—le dijo tomando sus manos.—Ni el claustro mismo puede separar nuestros corazones. ¡Ay, yo también necesitaré de mucha fortaleza para alejarme de usted!

—¡Ay, Dios mío!—exclamó Elvira, que durante las anteriores palabras de Mundeta había entrado en su cuarto y cambiado su traje de seda por otro de casa, de elegante hechura.—En esta casa no hay más que tristeza, rezos, llanto y letanías. ¡Qué deseos tengo de verme en la mía!

—Pero, querida Elvira—dijo la joven aya, deseando sacar á María de sus dolorosas reflexiones,—¿está usted segura de amar á su futuro esposo y de ser amada por él?

—¡Toma! ¡Yo lo creo! Él, desde que vió mi retrato, dicen que no sueña ni piensa más que en mí; así, á lo menos, lo escribe papá.

—Eso lo creo bien. Sí; estoy más segura del amor de él á usted que del que usted pueda profesarle.

El aya dijo estas palabras con un acento pensativo y triste.

—¿Y por qué?—repuso Elvira.—¿Tan mala opi-

nión te merezco, aya mía? ¿No me crees capaz de corresponder á quien me ama?

—Sí, por cierto, hija mía; pero en el matrimonio creo que deben reunirse ciertas condiciones para la felicidad que...

Detúvose Mundeta cortada y sin saber cómo expresar su pensamiento; era un alma amaestrada en la desgracia, pero en extremo cándida é inexperta para todo lo demás.

—¡Vamos, acaba!—repuso impaciente Elvira;—¿qué condiciones me faltan á mí?

—Hija mía—dijo el aya,—ya sabe usted cuánto la quiero, y por eso mismo no dudo de que sólo verá en lo que voy á decirle mi deseo de que sea feliz; me parece su carácter de usted un poco violento y arrebatado para hallar la dicha en el matrimonio.

—¡Bah! ¿Y eso qué importa? ¡Dicen que el de Sebastián es tan dulce!...—respondió Elvira, que no trató siquiera de negar la aspereza de su genio.

—Es una ventaja que el futuro de usted tenga un genio dulce y complaciente—dijo el aya;—pero, Elvira mía, yo sé por experiencia que esto no basta para sostener la dicha conyugal.

—¿Cómo por experiencia? ¿Has sido tú casada, aya?

—No, hija mía; no lo he sido, ni lo seré jamás... Pero he visto muy de cerca una familia... Sí, una familia en la cual el esposo, aburrido de las exi-

gencias de su mujer, dejó de amarla, y quiso llenar el vacío de su corazón con otro amor.

La voz de Mundeta, al decir estas palabras, era temblorosa y balbuciente; contaba su misma historia, ó más bien el prólogo de aquella historia tan triste.

Después de una pausa, que empleó en sobreponerse á su emoción, prosiguió así:

—El esposo halló aquel amor que buscaba...

—¿Le halló?—interrumpió impetuosamente Elvira.—¿Y qué hizo su mujer?

—Nada, querida Elvira—respondió el aya;—no hizo nada, ni podía hacer.

—¿Cómo que no? ¿Por qué razón? ¿Si á mí me pasara una cosa así, veríamos lo que haría!

—Las pobres mujeres que pierden el amor de sus esposos, ignoran siempre la existencia de una rival—dijo Mundeta sacudiendo tristemente la cabeza.

—¡No será fácil que yo lo ignore!—repuso Elvira.

—Lo mismo que todas las demás—dijo á su vez María;—lo importante es que conserves el amor de tu marido.

—¡Te digo que si Sebastián me falta, yo lo sabré!

—¿De qué modo?

—Del modo más fácil: sólo saldrá conmigo.

—¡Bah, hermana, eso es imposible!

—No hay nada más fácil: como que él no tiene

destino ni ocupación ninguna, su solo deber es acompañarme á mí.

—Pero, hermana—dijo María con su admirable buen sentido,—esa sujeción será posible en los primeros meses de matrimonio; pero después, no.

—Ya lo verás.

—Hija mía—dijo Mundeta,—no he tenido jamás esposo; pero la razón me dice que el único modo de que usted domine al suyo, será el de hacerse amar mucho de él. De lo contrario, él hallará pretextos para salir; dejará su casa aburrido, buscará un afecto en que llenar su corazón vacío, lo hallará, y quizá... quizá hará á alguna desgraciada niña más infeliz aún de lo que es él.

Elvira, contrariada, dió media vuelta y se asomó al balcón; nada había adivinado tras aquel acento cortado y doloroso. María, por el contrario, con los ojos del alma había columbrado una llaga honda y sangrienta en el pasado de su joven y hermosa aya.

Miróla fijamente, y después se arrojó en sus brazos sollozando.

Un rayo de luz había penetrado en su inteligencia, y casi adivinó el motivo de querer encerrar Mundeta con las esposas del Señor.

Las dos hermanas y el aya pasaron un instante después á la sala de labor. Elvira tomó un libro, pues á pesar de las amonestaciones cariñosas de su angelical aya, apenas hacía otra cosa que leer

novelas; María y Mundeta tomaron cada una su bórdado, y se sentaron cerca del balcón.

—¡Ay, qué afán de coser como labriegas!—exclamó Elvira.—¿Para qué hacen falta esas labores? En mi casa no han de entrar ni agujas de coser, ni hilos, ni estambres.

—Si yo me llegase á casar, lo primero que compraría sería un neceser de costura—dijo María.

—¡Si usted se llegase á casar! ¿No piensa usted hacerlo, querida María?—preguntó Mundeta.

—No—respondió la joven en voz baja y ruborizándose.

—¡No! Hasta el día en que le diga algo nuestro primo Alberto—repuso Elvira con ironía.—Sí, sí; no me mires de ese modo: Alberto, á quien amas desde niña como si fueras una aldeana. ¿No te valía más hacer caso al Marqués del Prado, tan elegante, tan buen mozo y que tanto te quería?

—No podía quererle yo, hermana mía; y lo hubiera deseado, porque así hubiera dado gusto á mamá, que tal predilección tiene por él.

—¡Como que es riquísimo y espera serlo más!

—Sin embargo, á mis ojos la riqueza no constituye la felicidad.

—¡Pero, mujer, si Alberto ha dado más escándalos en París estos seis años! ¡Todos los que han venido de allá lo han dicho!

—No digo yo lo contrario, ni excuso á nuestro

primo, ni le elogio; sólo digo que, por ahora, no pienso en casarme.

Reinó el silencio tras estas palabras. Elvira volvió á su lectura, y el aya y María se ocuparon de nuevo en su labor, fijando al parecer en ella toda su atención.

IV

LA CONFERENCIA

Aquella misma tarde la joven aya envió un billete á la señora de Miranda, por medio de Juana, rogándole que le concediese algunos instantes de conversación.

Gertrudis mandó que le dijese que la esperaba después de su comida, y antes de la hora en que solía recibir á sus hijas.

En consecuencia, Mundeta espío el instante en que acababan de servirla, y á eso de las cuatro de la tarde entró en la habitación de Gertrudis.

Estaba ésta sentada, con aire humilde y beato, en una silla de anea, sin hacer caso de los magníficos y blandos sillones que había diseminados por la estancia, y persuadida de que así ganaba mucho para con Dios.

Ya no había nada en ella de aquella hermosa, esbelta y delicada Gertrudis que hemos conocido cuando lloraba y se quejaba de los nervios para conseguir sus caprichos. Ahora todo era en ella